

HOMILIA PRONUNCIADA POR MONS. ÁLVARO DEL PORTILLO

14 DE FEBRERO DE 1992

También nosotros damos gracias a la Trinidad Santísima con la fuerza del Pueblo de Israel que demostró un júbilo extraordinario, al recuperar el Templo, que había sido profanado. "Durante ocho días -así lo relata la Escritura Santa- celebraron la dedicación del altar y ofrecieron con alegría holocaustos y el sacrificio de comunión y de acción de gracias". Es el gozo cristiano que veo yo en vuestros rostros al disponer ahora a esta solemne Dedicación. También vosotros, y muchos más que no están aquí -pacientes, amigos, médicos y enfermeras, empleados de la Clínica-, habéis contribuido con vuestro trabajo o con vuestras limosnas, como aquellos israelitas, a que este espléndido Oratorio, tan capaz y tan adecuado a las necesidades pastorales de la labor, sea, finalmente, una realidad. Una realidad, dedicada por entero al servicio de la vida de fe de esta gran comunidad humana, siempre en permanente renovación, que es la Clínica universitaria de Pamplona.

Pero esa alegría, me atrevo a subrayar, es más grande, si cabe, para mí. Por muchos motivos bien claros; entre ellos, y no es el menor, porque también yo soy vuestro paciente, queridas enfermeras, queridos médicos, querido personal que aquí trabaja: he experimentado, por tanto, lleno de agradecimiento, la calidad profesional y cristiana de vuestro trabajo.

Pero me doy cuenta de que no puedo seguir adelante sin hablar en voz alta de algo que vosotros y yo tenemos en el corazón. Me refiero a la figura inolvidable del fundador de esta Universidad, de nuestro Padre, que el próximo 17 de mayo su Santidad Juan Pablo II se dispone a beatificar. ¡El Señor ha llamado como fundador y guía del lugar en el que desarrolláis vuestra tarea a un santo! ¡Qué responsabilidad la vuestra, hijos, y a la vez, qué seguridad! Mons. Escrivá de Balaguer amaba entrañablemente a esta Universidad y a esta Clínica. Las programó y las fundó; después las impulsó en su desarrollo, y, sobre todo, rezó incansablemente, diariamente, por esto que es hoy es una realidad. Muchos de vosotros recordáis al vivo cómo os señalaba el camino y el esfuerzo de perfección en vuestra tarea cotidiana, cómo os exigía y, a la vez se viene a nuestra mente, cómo le llenabais de admiración con vuestra ciencia y vuestro espíritu de servicio. Dejadme que os invite a que no olvidéis, en concreto, como os pedía que respondierais, en el afán de cada día, a este criterio suyo de siempre: no nos interesa como fin la Universidad o la Clínica; nos importan las personas, sus esfuerzos de santidad, sus deseos de actuar en cristiano, en pocas palabras, la vida limpia, leal, de las mujeres y los hombres que hacen y viven la Clínica y la Universidad: ¡eso es lo que importa a Dios, yeso es lo único que debe interesarnos a cada uno de nosotros! Así lo repetía Monseñor Escrivá de Balaguer, y yo os lo recuerdo, mientras invoco su intercesión sobre todos nosotros. Acudid a su auxilio en vuestras necesidades, seguro que nos atenderá porque os seguía muy de cerca aquí en la tierra y ahora os sigue con más intensidad -con todo el Amor de Dios- desde el cielo.

Volvamos, por tanto a considerar un poco el rito en el que participamos.

¿Que es el altar? Os lo diré con las palabras mismas del Ritual litúrgico: "El altar cristiano es [...] el *ara* peculiar en la cual el Sacrificio de la Cruz se perpetúa sacramentalmente para siempre, hasta la venida de Cristo; y es la *mesa* junto a la cual se reúnen los hijos de la Iglesia para dar gracias a Dios y recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo" (*Ritual*, n. 4). Toda la razón de ser del Altar es, pues, la Eucaristía, memorial y comunión: "el altar -sigue el ritual- es la mesa de sacrificio y de convite, en la que el sacerdote, en representación de Cristo Señor, hace lo mismo que hizo el Señor en persona y encargó a los discípulos que hicieran en conmemoración suya" (*Ritual*, n.- 3).

El altar, insisto, es la mesa para el sacrificio y de convite. Es instrumental, por tanto, está al servicio de esa increíble maravilla que es la Sagrada Eucaristía, "ese misterio de fe que anuda en sí todos los misterios del Cristianismo", "la acción más sagrada y trascendente que los hombres, por la gracia de Dios, podemos realizar en esta vida". Así os lo predicó el Padre en aquella celebración de la Misa en el Campus de la Universidad¹.

He traído estas palabras tuyas porque nos sitúan en el nivel adecuado para que yo pueda proponeros -de nuevo con palabras de nuestro Padre- algunas sugerencias sobre lo que hasta ahora hemos considerado.

"Lucha para conseguir que el Santo Sacrificio del Altar sea el centro y la raíz de tu vida interior, de modo que toda la jornada se convierta en un acto de culto"². ¿No os parece profundamente significativo que aquí, en la Clínica universitaria, en el lugar mismo donde está vuestra batalla y vuestro trabajo; donde tocáis, de una manera o de otra, la experiencia cotidiana del dolor, de la vida y de la muerte; no os parece significativo que aquí, repito, en este oratorio y sobre este altar se renueve cada día, con tanta frecuencia, el Santo Sacrificio de la Cruz? ¿No veis en este preciosísimo don una invitación divina a que la Eucaristía sea, en cada uno de vosotros la raíz y el centro de vuestras vidas?

Me detengo un poco en el pasaje evangélico que ha sido proclamado tan solemnemente, y deseo dirigirme de una manera especial a los enfermos, que son la razón de ser de la Clínica Universitaria. Tenéis todavía bien grabada la escena del Evangelio. Es el quinto misterio gozoso del Rosario: el Niño perdido y hallado en el Templo.

Cuando lo leía para comentarlo en esta celebración, unas palabras de la Santísima Virgen, tantas veces saboreadas, me parecieron cobrar una nueva luz pensando en los enfermos de la Clínica, que también nos siguen por el circuito interno de Televisión. La Virgen, al encontrar por fin al Niño, le habló así: "Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira que tu padre y yo, llenos de dolor, te andábamos buscando". Ante la enfermedad, que coarta y arruina nuestros cuerpos, ¿no se nos escapa a veces – y no sólo al enfermo, sino, quizá con más amargura, a sus seres más cercanos- una queja parecida? También nosotros hemos exclamado: Señor, ¿por qué has hecho esto con nosotros?

¹ Conversaciones, 113

² *Forja* 69

Queridos enfermos, y queridos parientes de los enfermos, ¿no os da consuelo ver la angustia, el dolor de la Santísima Virgen -y de San José- ante la pérdida del Hijo de su Amor? ¿No os dice algo muy profundo ver que esa criatura santa e inmaculada, que fue la preferida del Altísimo, no entendía por qué el Hijo les había dejado? Lo relata San Lucas, que lo puso en la boca de María: "ellos -María y José- no comprendieron la respuesta que el Niño les dio". Y sin embargo, esa respuesta, la de Jesús, es la única respuesta: "¿No sabíais -les dijo el Niño- que yo debo ocuparme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?" Jesús les remite, sencillamente, a la Voluntad de Dios, a la amabilísima Voluntad de Dios, que a Él, en aquella peregrinación al Templo le había exigido alejarse físicamente de sus padres, y más adelante le llevaría a la Cruz. La Virgen Santísima entonces no lo entendió -¡siendo quien era!-; pero su inteligencia, "llena de gracia", se fue abriendo más y más, junto a su Hijo, al misterio del dolor, hasta terminar abrazada a Él, junto a la Cruz, ofreciéndolo al Padre por nosotros.

Celebramos esta Santa Misa en honor de la Santísima Virgen. Y se comprende bien si se considera que para la Prelatura del Opus Dei hoy es una fiesta importante: el sesenta y dos aniversario de aquel 14 de febrero de 1930, en que Dios hizo entender al Padre -'intra missam', nos explicó después- que también tenía que haber mujeres en el Opus Dei. Y además otro aniversario: comenzamos hoy a gastar el año que nos llevará a la Bodas de Oro de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Las mujeres y los sacerdotes en la Obra. Al Opus Dei pueden venir todos, si Dios les llama a esta tarea divina en la Iglesia: laicos y sacerdotes, jóvenes y ancianos, mujeres y hombres, solteros, casados y viudos, sanos y enfermos. ¡Y enfermos!, hijos míos, que son nuestro tesoro. Quiero hoy y aquí, en la Clínica, subrayarlo. No hay discriminación en la Obra, sólo hay vocación. Todos pueden venir, acabo de manifestar. Y venimos para una única finalidad: santificar la vida ordinaria, la vida real de cada uno -el trabajo profesional o la enfermedad que nos retiene en el lecho-, transformada en ámbito y medio de irradiación apostólica.

Vamos ya, a dedicar el Altar, sintiéndonos todos -os lo he señalado ya- 'cor unum et anima una', un solo corazón y una sola alma, una comunión de hermanos, con todos los cristianos del mundo, en tomo al Papa y a los Obispos. Eso es la Iglesia Católica.

Pidamos a Dios Padre, a Dios Hijo, a Dios Espíritu Santo, a través de Santa María, por la Persona e intenciones del Santo Padre. Se prepara para emprender dentro de pocos días un nuevo viaje apostólico para hacer Iglesia. Os invito a todos a participar en ésta aventura, con el bagaje de nuestro trabajo, de nuestra lucha diaria por ser hijos fieles del Señor.

Así sea.